

ESPERANDO JUSTICIA

Lucho García

La desaparición de Rubén, Pedro y Fidel, el dos de abril de 1990, cambió para siempre la historia de Misael Grajales, su padre y, en parte, la de Trujillo, el pueblo en el que nació. Ellos desaparecieron por orden de “Don Diego”, quien, además, ordenó la muerte de muchos de mis amigos en las aguas del río Cauca.

La desaparición de los hermanos Grajales marcó una doble desgracia con la que vivimos las víctimas del conflicto armado: por un lado, somos incapaces de aceptar la realidad porque no corresponde con lo que hemos construido y, por otro lado, nos vemos en la obligación de vivir muriendo en medio de la incertidumbre.

La realidad, por lo menos para mí, se volvió imposible de aceptar porque Trujillo, después de ese día, retrocedió 20 o 30 años en el tiempo: varias casas quedaron con la necesidad imperante de reconstruirse; varias personas quedaron inhabitadas; las calles desaparecieron y los gendarmes seguían siendo invisibles. En definitiva, aquel era mi pueblo, pero no mi hogar, por eso, decidí, antes de que otros lo hicieran por mí, desaparecer.

A Misael, en cambio, le correspondió la imposibilidad de vivir en medio de tanta incertidumbre: él encontró, en una banca frente al parque de la Alcaldía, su lugar en el mundo. Misael, sin saberlo, se convirtió en el guardián del tiempo perdido: las raíces de sus manos se hicieron eternas, el negro de sus uñas quedó inmóvil y las arrugas de su cara se immortalizaron en la memoria de todos. Recuerdo que un día le pregunté - ¿y usted qué hace aquí sentado todo el día?, ¡mire que va a llover y el frío le puede hacer daño! -.

-Estoy esperando a mis hijos –me respondió-, siento que en algún momento van a regresar.

Tal vez, el tener presente su respuesta fue lo que me alivió, al menos un poco, cuando el 6 de agosto de 1990 me llamaron para contarme que Misael había fallecido de pena moral. El pobre hombre murió esperando que llegara el día en que fuera el día en que no desaparecen sus hijos. En total fueron 127 días de espera, de recuerdos, con el corazón desangrándose y con la memoria y la imaginación inundándolo de agonía y tristeza por no saber qué fue lo que sucedió.

LOS FAVORES DEL ALCALDE

Mire, señor candidato -comentó Mercedes-, yo no creo en sus propuestas y no pienso que alguien de este corregimiento vaya a votar por usted. La última vez que votamos fue hace 20 años, cuando el señor Eudaldo Palacios se lanzó a la Alcaldía. Él vino hasta acá, hasta el corregimiento de Malpica, queriendo ser, como usted, el alcalde de Plato. Al principio yo creí en él porque se acercó a la gente de los corregimientos y cuando lo eligieron gobernó desde el municipio, no como otros tantos, que gobernaron desde la ciudad.

Nosotros votamos por don Eudaldo, ¡qué dios lo tenga en su santa gloria!, porque estaba comprometido con la comunidad. A él todo el mundo le ayudó a ganar, le hacían un favorcito acá, una reunioncita allí, una pancarta aquí, unas fotos allacito, es más, hasta yo le ayudé con unos votos para que él nos ayudara con los materiales para el jardín comunitario Si se da cuenta no pedíamos mucho, solo nuestra justa porción de miseria.

Recuerdo muy bien que un día nos cansamos de esperar la llegada de los materiales, así que nos fuimos algunas madres, junto con los pelaos y unas ollas, directo a la Alcaldía a reclamarlos. Pero Eudaldo estaba malhumorado y cuando escuchó nuestra protesta, nuestra algarabía, nos mandó a encarcelar en el primer piso de la Alcaldía, mientras los pelaos quedaron por ahí, llorando. Y por culpa del calor les dio una diarrea terrible y los milicos no nos dejaron salir a buscar un baño, disque por la jarana, así que nos hicimos las pendejas y mandamos a los pelaos a la oficina del alcalde para que cagaran a gusto. Al rato nos dejaron en libertad porque, según nos dijo un soldado, al alcalde “lo mataron en una reunión” - ¿por qué? - “porque al parecer le debía unos favores al notario”, ¡ay dios santo, si a uno lo matan por unos favores es porque no son favores, son deudas!

¡Es triste lo que le pasó a Eudaldo, pero lo peor es que se fue sin tener la menor idea del mierdero que dejó!

¿O sea –interrumpió el candidato- que ustedes ya no necesitan un jardín comunitario?

Claro que sí –respondió doña Mercedes- lo necesitamos desde hace 20 años, solo que ahora no es para nuestros pelaos, sino para los pelaos de los pelaos.

EL ENGAÑO

A pesar de que el dictamen médico asegura que mi mamá murió en mayo de 1994 a causa de una metástasis, yo sé muy bien que su verdadera muerte ocurrió el día en que murió mi papá y desapareció mi hermano, Jorge.

En aquellos días, unos hombres armados vinieron buscando a mi papá, pero él y Jorge mataron un par de gallos –para que no cantaran y nos delataran- y nos escondieron –a mi mamá y a mí- en un galpón. Ese día no pasó nada. Sin embargo, a los pocos días apareció una citación para que mi papá se presentara en la Alcaldía.

La reunión era el 26 de agosto de 1992. Aquel día mi papá hizo mercado y nos dijo “para que les dure”. Además, fue donde Úrsula, la costurera del pueblo, y compró una camisa y un jean y le dijo “necesito la ropa con urgencia porque voy a una comisión delicada, ¡seguramente para que me maten, quiero estrenar!”. Jorge fue el encargado de llevar mi a papá, pero ninguno regresó esa noche. El informe oficial señala que mi papá murió producto de un golpe fulminante en un accidente automovilístico, bastante fulminante sí debió haber sido porque le rompió la camisa y le dejó incrustados los cascos de tres disparos. No volvimos a saber de Jorge.

Recuerdo perfectamente el aguacero y la tronamenta de aquella noche, fue como si el cielo llorara, como si quisiera, con lágrimas de agua, limpiar la sangre de tanto inocente. Eso lo recuerdo bien porque los recuerdos de la última vez que vemos a alguien son una marca indeleble en nuestra memoria, y se miran como si cada uno de sus actos fuera una anticipación concluyente de los hechos.

Después de eso, un dolor mudo se apoderó de mi mamá. Nunca más volvió a salir. Ni siquiera consiguió la fuerza para deshacerse de la ropa de mi papá. Ella se volvió taciturna y, con el paso de los años, mostró los achaques de su enfermedad. Recuerdo que muchas veces, cuando escuchaba pasar una moto, decía “abran que ese debe ser Jorge”, luego se ponía a llorar. Por eso, previo a que muriera, invité a un amigo que se parecía a Jorge para que ella creyera que él había regresado, pero fue inútil, -y quizás fue lo más doloroso de todo el proceso- porque ella no tenía forma de reconocer o desconocer el engaño.

Lápiz y papel

Los niños que nos criamos en San Carlos, Antioquia, fuimos muy felices hasta la llegada del paramilitarismo. Éramos tan diferentes que parecíamos salidos de distintos tiempos y lugares. Yo era el menor, pero los recuerdo bien: Víctor, el más callado del grupo, se la pasaba sentado en un andén con papel y lápiz; Pablo, en cambio, era el enamorado, cada que aparecía una chica él la ayudaba con el mercado, con los huevos y las gallinas. Se puede decir que atravesaba blancas colinas con la misma facilidad con la doblan las espinas en la boca del viento; Fernando, él nunca sabía dónde estaba parado, ni siquiera sabía si estaba o no; Mario, con su carita de borrego enamorado, confundía a cualquiera con sus preguntas sobre el amor, las mujeres y la vida.

El día en que los asesinaron, llegó un comandante paramilitar y dijo “yo tengo una listica con unos nombres. A medida que los vaya nombrando, por favor, pasen al frente. Fernando –ese no soy yo, interrumpió Fernando- jah, ¿con qué usted no sabe quién es usted?!, no hay problema, yo le refresco la memoria. Usted es conocido, también, como Alexander Search o como Álvaro de Campos y ha hecho trabajos como corresponsal para la guerrilla –Fernando iba a responder, pero continuó el comandante-. Pablo, a usted la acusan de verse con una ratoncita, de entregarle información - ¡Que despierten al leñador!, interrumpió Pablo, y verán que...-, ¡verán que ni mierda! –siguió el comandante-, usted es un traidor y como tal se le juzgará. Mario, a usted se le ha visto con 13 hombres mirando al sur, donde están nuestras instalaciones. ¡Eso es imperdonable! Víctor, según este papel usted siempre se la pasa con un lápiz y un papel ¿acaso usted es informante? -Señor, a mí solo me interesa vivir en paz, interrumpió Víctor-. Está bien, supongamos que le creo –dijo el comandante-. Solo porque no tenemos pistas en contra suya y del menor, al que más le vale que aprenda la lección, los dejaremos vivir.

Después de la masacre, muchos pensaban que Víctor era un torcido, pero la duda se disolvió cuando apareció su cadáver, atravesado por 44 balas, con los dedos cortados, como si no quisieran que escribiera más y con un letrero que decía “haci mueren los zapos”. En sus bolsillos tenía un lápiz y un papel que decía *Muerte lenta/ la del ruiseñor que cae/ la de la palabra que se mancha/ la de la boca que se borra/ la del lápiz que se quiebra.*